

SE BUSCA IDENTIDAD¹

Marena Briones Velasteguí

Para empezar a comprender

La invitación a escribir estas letras tuvo una orientación precisa: la identidad nacional vista desde las mujeres. Mi interés por el tema de la identidad y los caminos que ha ido tomando la reflexión que ese interés y las lecturas han estimulado, sin embargo, no llegan a redondearse en tan circunscrito destino. Advierto, entonces, desde este mismo inicio, que el hilo con que se tejerán las próximas líneas no pretende formular respuestas absolutas. En parte, porque, como será visible más adelante, no creo que las haya; pero, además, porque intuyo que, en el caso ecuatoriano, la ansiedad por contestarnos “quiénes somos” nos está jugando una mala pasada.

La pregunta, no obstante, tiene varios méritos. El primero de ellos es fácilmente perceptible: de un buen tiempo para acá, la sociedad organizada llamada Ecuador ha estado indagando constantemente alrededor de un algo denominado *identidad*. En ese proceso, un síntoma ha ido quedando al descubierto: la sensación de que estamos hechos de fragmentos identitarios y de que no hallamos la fórmula para darles una cierta visión de unidad. El resultado hasta ahora se ha perfilado hacia una especie de común vacío existencial. La pregunta, en consecuencia, continúa siendo vital.

Un segundo mérito radica en el hecho de que toda pregunta sobre la identidad es, en realidad, o quizás también, o mejor además, una pregunta hecha desde el presente, pero con la mirada puesta, a la vez, tanto en el ayer como en el mañana. Es, simultáneamente, una pregunta sobre el yo individual y sobre el yo colectivo: el quién soy al unísono con el quiénes somos. Es una pregunta que nos obliga a ver(nos) y a ver a los otros, a entablar un diálogo con nosotros mismos y con los demás, a vislumbrar mi/nuestro proyecto de vida en comunidad; a indagar alrededor de nuestro compartido lugar en el mundo; de nuestros sueños, de nuestras frustraciones, de nuestros aciertos y de nuestros desaciertos como país.

Preguntarse/preguntarnos por la identidad, sobre todo en estos tiempos, tiene un tercer mérito. Lo pongo en las propias palabras de Manuel Castells¹: “La oposición entre globalización e identidad está dando forma a nuestro mundo y a nuestras vidas. La revolución de las tecnologías de la información y la

reestructuración del capitalismo han inducido una nueva forma de sociedad, la sociedad red, que se caracteriza por la globalización de las actividades económicas decisivas desde el punto de vista estratégico, por su forma de organización en redes, por la flexibilidad e inestabilidad del trabajo y su individualización, por una cultura de la virtualidad real construida mediante un sistema de medios de comunicación omnipresentes, interconectados y diversificados, y por la transformación de los cimientos materiales de la vida, el espacio y el tiempo, mediante la constitución de un espacio de flujos y del tiempo atemporal, como expresiones de las actividades dominantes y de las élites gobernantes.” “Pero esta no es toda la historia. Junto con la revolución tecnológica, la transformación del capitalismo y la desaparición del estatismo, en el último cuarto de siglo hemos experimentado una marejada de vigorosas expresiones de identidad colectiva que desafían la globalización y el cosmopolitismo en nombre de la singularidad cultural y del control de las gentes sobre sus vidas y entornos.”

Seguramente, podríamos señalar algunos méritos más, pero con los mencionados basta y sobra para dejar inmediatamente sentado que una pregunta sobre la identidad es una pregunta, no sólo compleja, sino plural, abierta y problematizadora.

No nacemos, nos hacen/hacemos

Si es exacta la frase que se le atribuye, evidencia de la que no puedo dar fe, acabo de parafrasear a Simone de Beauvoir. Para el feminismo y los movimientos de mujeres en general, el enunciado que encabeza este acápite remitiría instantáneamente a la conocida y sublevadora tesis de que “no se nace mujer, se hace”. Llevó, en su momento, y lleva aún implícita la afirmación de que la identidad no es un todo monolítico asentado sobre una supuesta inmovible biología, sino un proceso, biológico-cultural, que bien podríamos calificar de largo aliento: hasta que caigamos vencidos y vencidas por la muerte.

Pero, sobre todo, subvertió el mito que configuraba el ser y el quehacer de las mujeres a partir de componentes meramente biológicos, obligando a volcar los ojos hacia el cuestionamiento de ese cúmulo de concepciones culturales que sirven para construir una pretendida noción de universal identidad femenina. Al hacerlo, promovió un remezón identitario, que no fue de su sola autoría, puesto que, por ejemplo, el psicoanálisis había apuntado ya a deconstruir y mostrar las contradicciones y las fisuras de la subjetividad humana. Pero, sin lugar a dudas, para el caso concreto del derrotero que siguieron las teorías feministas, las palabras de Beauvoir contribuyeron a poner en jaque las posturas esencialistas, positivistas

y normativas acerca de la identidad de las mujeres, que es decir también acerca de la identidad en general.

De allí en adelante, mucho se ha producido y debatido desde distintas disciplinas. Lo cierto es que hoy el punto de vista teórico del "género", surgido en y desde la reflexión feminista, ha adquirido la suficiente amplitud como para indagar, con él, en torno a la identidad humana y sus diferentes matices: sexo, etnias, generaciones, nacionalidades, opciones sexuales, etc. El género alude a construcciones sociales y permite afirmar que no hay "una" feminidad, ni "una" masculinidad, sino feminidades y masculinidades, esto es, que la feminidad y la masculinidad "(1) varían de una cultura a otra, (2) se transforman con el tiempo en cualquier cultura, (3) cambian en una cultura determinada en relación con una serie de otras variables y otros sitios potenciales de identidad, y (4) se modifican en el transcurso de la vida de cualquier hombre [o mujer] en particular."¹

Pero... ¿qué es la identidad?

No voy a intentar recoger, en este espacio, las variadas perspectivas que han ido enriqueciendo la reflexión sobre tan singular aspecto de nuestras vidas. Me ha parecido más oportuno, con el ánimo de ir entrando al terreno que convoca estas páginas, recuperar la claridad con la que Castells sintetiza en una oración su visión global sobre la identidad. Dice: "La identidad es la fuente de sentido y experiencia para la gente."¹ Fuente de sentido y experiencia. Esto es, supone un proceso de apropiación individual, de interiorización y socialización simultáneas, de uno o varios atributos culturales, tanto para el yo individual como para el yo colectivo, a partir del cual se establecen las relaciones simbólicas de uno/una con uno/una mismo/misma, con los/las demás, con las instituciones, con las prácticas sociales, etcétera.

Algo siempre me hace igual y diferente a otro/otra y a otros/otras. Desde ese algo, me veo, veo a los/las demás, veo mi país, veo mi ciudad, veo mi barrio, veo mis relaciones laborales, veo mis afectos y mis desafectos, veo el mundo. Es decir, construyo significaciones sobre mí mismo/misma y sobre mi experiencia vital. Puedo tener y de hecho tengo una pluralidad de identidades: soy mujer, soy guayaquileña, soy ecuatoriana, pero también soy un ser único en el sentido de que nadie es exactamente igual a mí, de que mi yo¹, en todo lo que tiene de particular y de común con otros yo, no tiene otro yo. De igual manera, las ecuatorianas y los ecuatorianos somos también latinoamericanos y latinoamericanas; o somos de la Costa, o de la Sierra, o del Oriente, o de la región insular; o somos manabitas, o lojanos, o galapaqueños; o somos saraguros, o huaoranis, o secoyas; o somos mestizos, o indígenas; o somos urbanos, o rurales.

Dice Castells que, en todo caso, en la actual estructura social, la sociedad red como él la llama, "para la mayoría de los actores sociales, el sentido se organiza en torno a una identidad primaria (es decir, una identidad que enmarca al resto), que se sostiene por sí misma a lo largo del tiempo y del espacio"¹, y añade, después de aclarar que se centrará fundamentalmente en la identidad colectiva, que "Lo esencial es cómo, desde qué, por quién y para qué" se construyen las identidades.

El propósito de Castells, como se podrá colegir, abarca mucho más del norte que estas ideas se han fijado. Por esa razón, no retomo sus consiguientes hipótesis ni el desarrollo con el cual las nutre. Me voy a quedar, simple y llanamente, con los anzuelos que me han puesto el cómo, el desde qué, el por quién y el para qué, para abordar, ahora sí, el problema de la identidad nacional, confiando en haber dejado claro que cada vez que hable de *identidad* estaré hablando de un proceso, de una construcción social, de una fuente de sentidos y de experiencias, de un juego de significaciones entre lo personal y lo social, que es múltiple y, sobre todo, movable.

Un cómo para la identidad nacional

¿Se ha preguntado usted alguna vez cómo se construye nuestra identidad nacional?, porque voy a aventurar una hipótesis. Dado que hasta donde podemos saber no hay forma de que, como nación y como país, no tengamos alguna identidad, paso directamente a sostener que nuestra identidad, cualquiera que esta fuere, ha sido construida, precisamente, a punta de creer que no la tenemos. Me explico: si la identidad es, como precisa Castells, ese proceso de construcción de sentidos personales y colectivos, que pasa por la individualización y la proyección compartida de una o varias cualidades culturales, trátese de una virtud o de un defecto, la identidad ecuatoriana ha estado bebiendo y bebe aún, precisamente, de su simbólicamente proclamada ausencia. El imaginario colectivo de los ecuatorianos y las ecuatorianas y de quienes habitan en el territorio del Ecuador ha venido armándose y re-armándose, desde hace algún tiempo, sobre la base de un continuo discurso auto-descalificador.

Independientemente de que sean ciertas o no ciertas, o de que sean exageradas o poco razonables, expresiones como: somos buenos para nada, este país es un caos, nada funciona en el Ecuador, todo es pura corrupción, jugamos como nunca y perdimos como siempre, y otras de similar talante, no sólo que trasuntan rasgos claves de nuestra auto-percepción, sino que, en el ámbito de las construcciones simbólicas, inciden en la configuración de los sentidos con los que

*instituciones y la gente construye sus vidas y decide su conducta. La sede de este poder es la mente de la gente."*¹

Y a ese poder, que fue el poder que descubrieron las mujeres, vuelvo para este final: la batalla está en nuestra propia mente.